

¿Qué objeto se proponían los Santos Doctores? Ellos mismos lo dicen: confirmar en su devoción de oír la palabra divina á los presentes; evitar que se contagiasen con los malos ejemplos de los ausentes, y ser también útiles á éstos, á quienes deseaban y esperaban que llegasen sus instrucciones por conducto de los presentes, como se lo encargaban y recomendaban con grande eficacia. «Loquamur et cum absentibus: erit ad eos vox nostra memoria vestra,» decia San Agustin.

Aunque la predicacion evangélica ha de versar sobre la doctrina cristiana, nótese que dentro de esa doctrina hay verdades cuya explicacion no siempre es conveniente en el púlpito. Existe, dice San Agustin, una gran diferencia entre el que escribe un libro y el que predica: aquél puede extenderse cuanto quiera para tratar las cuestiones árdas y facilitar su inteligencia: mas el que predica no suele tener esa oportunidad, y debe por lo mismo abstenerse de predicar verdades de difícil inteligencia: «Quæ in populi audientiam vel raro, si aliquid urget, vel nunquam omnino mittenda sunt.» A este género de verdades, que pueden turbar á los fieles poco instruidos ó de tardo ingenio, pertenecen algunas de las relacionadas con la doctrina de la predestinacion y de la gracia. El mismo San Agustin propone tres reglas sobre el particular: los oradores deben abstenerse de predicar tales doctrinas cuando no hay necesidad; mas si la hubiere, por exigirlo así los intereses de la verdad, ó el de los fieles expuestos á caer en error, debe predicarse la verdad con toda claridad: «Ne fortè cum tacetur propter eos qui capere non possunt, non solum veritate fraudulentur, verum etiam falsitate capiantur.» Pero en estos casos se procurará exponer la sana doctrina de tal manera, que sea como leche para los párvulos y como alimento sólido para los adultos: «Et parvulis lac, et grandibus esca sit.» Tenemos que limitarnos á indicar estos principios y aconsejar á nuestros jóvenes escolares que lean el tratado DEL DON DE LA PERSEVERANCIA, donde San Agustin los explica ámpliamente, y los aplica á la práctica con interesantes ejemplos.

Es tan firme nuestra creencia de que el éxito del discurso depende en gran parte de la acertada eleccion de la materia, que no tememos se nos tache de difusos; sentimos, por el contrario, no podernos extender más. Terminaremos recomendando encarecidamente á los jóvenes

que lean las cartas de San Pablo, y muy especialmente las que escribió á Tito y Timoteo; el Apóstol ha consignado específicamente los asuntos que deben ser el objeto de la predicacion cristiana y las diversas maneras con que el predicador ha de hablar á los fieles, atendiendo á las circunstancias de los mismos. Unidad de doctrina, «prædica verbum,» variedad en su aplicacion, «insta opportunè, importunè, argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina (1).»

LECCION XII.

La doctrina cristiana debe predicarse como palabra de Dios.

No basta predicar verdades cristianas; es preciso predicarlas como palabra de Dios, y no como doctrina del hombre. Entre las verdades reveladas hay algunas, dice Santo Tomás, que pueden ser conocidas por la razon; aunque no tan perfectamente y con tanta seguridad como se conocen por la fé. La moral del Evangelio es la ley natural ennoblecida y sancionada por Jesucristo, cuya gracia sobrenatural facilita su cumplimiento (2). De donde se infiere que es posible arreglar un discurso cuya doctrina sea cristiana, en cuanto sus verdades formen parte de la revelacion divina; pero que al mismo tiempo sea un discurso humano, ya porque las verdades en él contenidas se hayan conocido sólo por la razon, y ya porque la forma con que se presentan sea enteramente humana: composiciones de este género pueden ser de mérito, útiles y muy laudables en tratados puramente científicos; pero serian inoportunas, perjudiciales y dignas de severa reprehension en los lábios del predicador del Evangelio; porque en ello manifestaria que habia preferido beber las aguas estadzizas á las fuentes purísimas de la revelacion divina.

Encargado el orador cristiano de predicar la doctrina de la Religion, debe anunciarla al pueblo fiel tal cual ella es en sí misma. La religion cristiana está en relacion con el entendimiento y con el corazon del hombre; contiene

(1) II ad Timoth., iv, 2.

(2) Pars 1.^a, art. 1, 1.^a 2.^a, qq. 94 y 106.

verdades especulativas y prácticas, y es un sistema divino en el cual están estrechamente enlazados los misterios, el dogma y la moral: el predicador que no comprende ni explica la Religión en su admirable conjunto, sino que se contenta con recoger verdades especulativas y morales en el campo de la ciencia humana, ese no piensa en la doctrina cristiana, ó por lo ménos disloca sus verdades, separando lo que Dios ha unido; y la mayor fortuna á que puede aspirar es á que le reconozcan como intérprete de la razón, pero no podrá honrarse con el título de embajador de Jesucristo: «Pro Christo ergo legatione fungimur (1).»

Ved ahí el estado á que se han rebajado los predicadores protestantes; porque erigiendo en autoridad el espíritu privado, han naufragado en la fé, han negado el dogma, y se han quedado sólo con una doctrina y moral humanas, por lo cual es imposible que sean elocuentes (2). Lo peor es que la doctrina protestante, desenvuelta hasta sus últimas consecuencias por la filosofía racionalista, ha inundado los países católicos; y muchos verdaderos fieles participan de su funesta influencia sin quererlo, sin conocerlo, sin sospecharlo siquiera; porque no dudamos asegurar que á esta influencia debe atribuirse en gran parte el fenómeno de que muchos cristianos, conservando íntegras sus creencias, no gustan que se les predique del juicio, del infierno y de otras verdades aterradoras, sí, pero muy saludables, que en tiempos más felices para el Cristianismo eran el tema constante de los predicadores. Gustan de oír la verdad especulativa y las reglas de los deberes, porque esto sólo habla al entendimiento, que nunca desecha la verdad conocida sin hacerse grande violencia; pero si se les anuncian las amenazas y los castigos con que el Señor ha sancionado su ley, se resisten, porque esto estrecha demasiado al hombre, toca vivamente al co-

(1) II ad Corinth., v. 20.

(2) Nadie negará el gusto y buen juicio de Blair como didáctico; á la vista tenemos la colección de sus sermones (publicada en cinco volúmenes por M. de Tressan) y son discursos fríos que no interesan el corazón; las materias de que trata bastarían por sí solas para ahogar la elocuencia del orador, y no hay más que recorrer los índices para convencerse de ello.—Sobre la dulzura—de los deberes de la juventud—de los deberes y consuelos de la vejez—de las ventajas del orden—sobre el candor—sobre la sensibilidad.—Estos y otros parecidos asuntos en que se ocupó Blair, ¿podrán ser nunca el objeto de la predicación evangélica? ¿Servirán de pábulo á la elocuencia sagrada?

razón, le impulsa á practicar la virtud y huir el vicio; y al hombre, repetimos, no le pesa oír la verdad; lo que le repugna es practicarla. En suma, mientras que el predicador habla sólo en nombre de la razón, la de sus oyentes está acorde con una doctrina que no es superior á sus alcances, y que no tiene más autoridad ni más sanción que la sanción y la autoridad humanas; pero cuando se le habla en nombre de Dios, cuya autoridad no se puede eludir, murmuran como los discípulos: «Durus est hic sermo, et quis potest eum audire (1)?»

Ahora bien: el orador que, olvidando su alto carácter, complaciente con los caprichos de su auditorio y apartándose del método de nuestra venerable antigüedad cristiana, predica al pueblo fiel doctrina buena, pero humana, pronunciará, en buen hora, discursos muy bellos en sí mismos, pero tan indignos de su ministerio como inútiles para los fieles, que acudirán á oírle como quien va á escuchar cantos melódicos, en expresión de un Profeta: «Quasi carmen musicum.» Entre tantos oyentes no tendrá un sólo discípulo: «Audiunt verba tua et non faciunt (2);» porque para que el hombre guste de las dulzuras de la virtud y aborrezca el vicio, ame á su Dios y le sirva, necesita ser atraído, arrancado de la tierra; hay que elevarle sobre el mundo sensible, levantándole á las regiones del espíritu, y á esto no alcanzan los discursos humanos; esto sólo se puede lograr hablándole en nombre de Dios y con la palabra de Dios: «Ecce dedi verba mea in ore tuo... ut evellas et destruas, et disperdas, et dissipes, et ædifices, et plantes (3).» Con esa palabra que el Apóstol llama viva y eficaz, más penetrante que una espada de dos filos, que alcanza hasta la división del alma y del espíritu, y discierne los pensamientos é intenciones del corazón (4).

Los Santos Padres han condenado también esa conducta de los que predicán de una manera simplemente humana. Estos oradores, dice San Agustín, no predicarán cosas malas; «non quidem iniqua dicuntur;» pero harto mal es predicar al pueblo cristiano una doctrina pobre y sin importancia con gran aparato de palabras: «in populo gravi... exigua et fragilia bona spumeo ver-

(1) Joan., vi. 61.

(2) Ezechiel, xxxiii. 31 y siguientes.

(3) Jerem. i. 9, 10.

(4) Ad Hebræos, iv. 12.

borum ambitu ornantur.» La elocuencia que agrada el siglo no alimenta la fé: «Eloquentia quæ huic seculo placet, non pascit fidem:» y no es extraño, dice San Isidoro, porque los que van á oír tales discursos buscan el placer que resulta de una composicion estudiada, no la verdad de la doctrina: «Magis compositionem verborum quam sententiam veritatis sequuntur.» ¿Y qué verdades podrán enseñar tales predicadores, si no habiendo nutrido su espíritu con la ciencia de las Santas Escrituras, no son más que unos declamadores, y... segun San Jerónimo, unos charlatanes? «Declamatorem esse et rabulam garrulumque sine ratione.» Más severa es aún la censura del Nazianceno: con sus discursos meramente humanos, dice, convierten el templo en una academia, ¡y quiera Dios que no pueda decirse en un teatro! «Qui fidei nostræ pietatem... artificiosa reddiderunt, ac novum quoddam politices genus, à foro ad sancta translatae et à theatris ad sacramum vulgi oculis minimè inspiciendum.» La fé, dice San Ambrosio, no se afirma con discursos filosóficos ó propios del foro, sino con la virtud de Dios, que sólo se encuentra en la predicacion del Evangelio: «Non in forensi sermone sapientiæ... ac philosophico... sed Dei virtute firmatur... in Evangelii prædicatione.» «¡Por cierto que sería Dios bien pobre, añade el Nazianceno, si la fé fuera patrimonio exclusivo de los eruditos!» Muy diferente era la idea que de la elocuencia sagrada tenía el Apostol cuando decia: «Mi predicacion no fué en palabras persuasivas de humano saber, sino en demostracion de espíritu y de virtud (1).»

Son demasiado poderosas las razones que hemos expuesto y harto respetables las autoridades que las confirman para que nuestros jóvenes lectores huyan la tentacion de predicar sermones puramente humanos, y para que detesten ese género de elocuencia que pudiéramos llamar con Nicole ELOCUENCIA ANODINA. Para asegurar el buen gusto en esta materia, quisiéramos que se ejercitaran bajo la direccion de sus maestros. Estos deben tomar vários discursos que se hayan predicado sobre una misma materia, eligiendo unos del género que acabamos de condenar, y otros que sean verdaderamente evangélicos. Aclaremos más nuestra idea. Pueden hacer leer á sus discípulos el tan decantado sermon DE LA CARIDAD, predi-

(1) I ad Corinth., II, 4.

cado por el abate Boismont con motivo de la fundacion del hospicio de Mont-Rouge: probablemente esa lectura embelesará á sus inexpertos alumnos; no importa; tanto mayor y más duradero será su desengaño si á continuacion les hacen leer otros discursos cristianos sobre la caridad, como las homilias XIV y XV de San Basilio, la Oracion XV del Nazianceno, y de San Juan Crisóstomo su homilia XXI sobre la primera carta á los corintios. Este estudio comparativo les hará conocer la diferencia esencial que hay entre las composiciones humanas, como la de Boismont, y las oraciones sólidamente cristianas y fervorosamente apostólicas de los Santos Padres: muy depravado gusto tendria el jóven que despues de esta experiencia predicara sermones parecidos al de Mont-Rouge (1).

Esta leccion quedará incompleta si no hiciéramos una importante aclaracion. ¿Debe el orador cristiano rehuir toda idea filosófica ó científica? No es esto lo que afirmamos, ni lo que han dicho los Santos Padres, ni lo que ellos han practicado; creemos, por el contrario, que este absoluto retraimiento es imposible en muchos casos, y en otros malograria en parte el fruto de la predicacion. Dios es la verdad esencial, de la que son reflejo todas las verdades creadas; entre todas hay una estrecha relacion; entre el órden sensible y el intelectual hay una grande analogía, y la hay tambien muy misteriosa entre el órden de la naturaleza y el de la gracia. Lo que es el sol para el mundo material, dice el Nazianceno, es Dios para el mundo moral: fuente de toda verdad, es tambien el principio y el fin de toda filosofía. En las obras de Dios todo és unidad, órden, armonía, todo está relacionado; pero de estas relaciones las más notables son las que existen entre Dios y el hombre, de las cuales la Religion es su expresion y conjunto. No es posible, pues, al orador que

(1) Sermon predicado en París por el abate Boismont en 13 de Marzo de 1782, con ocasion del establecimiento de una casa real para eclesiásticos y militares enfermos. (Coleccion de oradores sagrados, por M. Migne, t. LXV, fól. 743.) Esta composicion ha recibido de algunos grandes elogios; pero la verdad es que, como oracion sagrada, merece severa censura. Se conoce bien que su autor habia descuidado en su juventud el estudio de la Sagrada Escritura y Santos Padres: así lo dicen su biógrafo Auger y M. Rulhiere en su discurso de recepcion en la Academia, como sucesor del mismo Boismont. (Véanse en el tomo citado de Migne los fóllos 717 y 725.)

medite la Religion divina y la predique dejar de llevar la luz á la inteligencia del hombre y al campo de la ciencia humana: lo que importa es que así como el sol, sin descender de su altura, envia los rayos de su luz á todos los confines de la tierra, así tambien el orador cristiano dirija su mirada oportunamente al campo de la ciencia humana, pero sin abandonar jamás la esfera de la revelacion divina, para desempeñar su mision digna y provechosamente; por el contrario, si principia su marcha desde la tierra y no se levanta sobre su nivel; esto es, si se propone como objeto y fin primario de su predicacion cuestiones filosóficas ó materias científicas y puramente humanas, olvida y reniega la dignidad de su ministerio. Presentemos un ejemplo del caso en que la conducta del orador sería á todas luces inoportuna y sumamente dable, y sea el de la política. Un predicador que tratase estas cuestiones desde las tenebrosas y estrechas honduras de las opiniones humanas, profanaria su ministerio, excitando la indignacion de los fieles sensatos, que no presenciarian sin rubor el triste espectáculo de un orador sagrado convertido en un declamador político. Sin embargo, el gobierno de los hombres y la ciencia de este gobierno tienen bases establecidas por Dios y leyes dictadas por él mismo: señalar á los Reyes y á los pueblos esas bases inmobiles y explicarles tan sapientísimas leyes, alguna vez es conveniente, y otras necesario; así fué que los Santos Padres se ocuparon á menudo en la exposicion de la verdadera ciencia política; y esto lo hicieron, no sólo en tratados científico-religiosos que no destinaban para el púlpito, sino tambien predicando á los fieles desde la cátedra del Espíritu Santo; unas veces exponiendo el Santo Evangelio, ó las Epístolas de San Pablo, y otras explicando los planes de la divina Providencia, ó vindicándola de las acusaciones de los infieles y de los herejes; ya consolando á sus oyentes amenazados de sufrir los castigos impuestos por la justicia humana, ora para hacer entrar en el orden á pueblos agitados por conmociones públicas, y con otras mil ocasiones. No dudamos asegurar con este motivo, y hablamos á ciencia cierta, que en los sermones, homilias y escritos de los Santos Padres, y especialmente en los del Nazianceno, del Crisóstomo y de San Agustin, se halla cuanto de verdadero y saludable se ha podido pensar y decir sobre la materia en los tiempos antiguos y modernos. Mas ¿cómo lo hicieron? Digna y

cristianamente, guiados por el faro luminoso de la revelacion divina, sin descender de las regiones elevadas, serenas y apacibles donde contemplaban á Dios, su santa ley, y aquella sábia y adorable providencia que alcanza de fin á fin con fortaleza, y todo lo dispone con suavidad (1). Repetimos el consejo que arriba hemos dado; el estudio comparado de estas hermosas y cristianas composiciones, con otras puramente humanas y á todas luces reprobables, aprovechará más á los jóvenes que cuantas lecciones teóricas pudiéramos darles.

M. Dussault dice, hablando de Bossuet: «Sus oraciones fúnebres no son simplemente discursos teológicos y religiosos: las más elevadas miras de política se enlazan con las instrucciones del Cristianismo, y constantemente se está viendo al autor del *Discurso sobre la historia universal*. Bossuet, no solamente era un Padre de la Iglesia; este título, que le fué aplicado por uno de sus más ilustres contemporáneos en pública y solemne sesion de la Academia francesa, no le representa por entero. Este vasto y penetrante espíritu, que abraza toda la teoría de la Religion cristiana, cuyos abismos sondeaba, habia penetrado tambien todos los misterios de la gobernacion de los Estados (2).»

Si leyéramos este pasaje en el *Diario de los Debates*, en el que tanto ejercitó su pluma aquel literato, nos sentiríamos inclinados á disimular la ligereza con que algunas veces, apremiados por el tiempo, escriben los periodistas; pero que Dussault haya escrito esas y otras frases parecidas en la madurez de su edad, y ocupado ya en más serios y reflexivos estudios, no lo comprenderíamos si no conociéramos la exageracion á que tan dados son los franceses. No habia sin duda leído los Santos Padres, ni siquiera los pasajes que de ellos copiaremos ó citaremos en la segunda parte de esta obra; pero en tal caso debió abstenerse de hacer comparaciones, no conociendo todos los extremos comparados. Lo más notable es que en este

(1) *Sap.*, VIII, 1.

(2) M. Dussault, copiado por el abate Marcel, en su libro *Obras maestras de elocuencia*, tomo III, pág. 20; Paris, 1838.—Maury dice que para servirse de las ideas de Bossuet, sin exponerse á ser tenido por plagario, es preciso repetir sus palabras, ó citarle con el mismo respeto con que se repiten las palabras de los Santos Padres. ¡Qué exageracion...! (Discurso preliminar para servir de prefacio á la primera edicion de los sermones de Bossuet.)

mismo lugar recuerda el *Discurso sobre la historia universal*, obra escrita, como Bossuet ha dicho, con igual objeto que la *Ciudad de Dios* de San Agustín, y de la cual el Obispo francés ha tomado muchas ideas, citándola á menudo. Pues bien; San Agustín, en su *Ciudad de Dios*, se ocupa mucho en la política cristiana. Además de esto, el juicio de Dussault versa sobre las oraciones fúnebres, y Bossuet en muchas de ellas, de las cuales recordamos ahora la de Condé, la de la reina de Inglaterra y la de la señora La Vallière, cita para sus apreciaciones políticas lugares de San Agustín. ¡Y con todo esto, el citado escritor añade exageración á exageración, y no se contenta con llamar á Bossuet Santo Padre! ¡Su entusiasmo no se satisface sino diciendo que es más que un Santo Padre! ¿Y por qué? ¡Porque se ha ocupado en la política cristiana...! Perdónesenos esta digresión, si tal puede llamarse lo que sirve para vindicar la gloria de los primeros y más grandes oradores cristianos.

Orador sagrado: el gran Padre de familia te ha colocado en el campo de la Iglesia para que distribuyas sus frutos y flores al pueblo cristiano: toma del árbol mismo los frutos que son sabrosos y muy sanos, y corta las flores del mismo tallo, que son frescas y muy fragantes: alimenta á los fieles con el pan sustancial de la palabra divina. ¿Te atreverás á recoger del suelo y dar al pueblo aquellas flores desgajadas del tallo ó los frutos desprendidos del árbol? Considera que esas flores están marchitas y esos frutos son insípidos; que así no cumples las órdenes de Dios, eres un administrador infiel, y engañas al pueblo cristiano dándole por alimento el pan ligero y desjugado de la doctrina del hombre. ¿Te propones ser elocuente? ¡Ah! Si no administras la palabra de Dios, jamás serás elocuente para las almas cristianas, y lo que es todavía más lamentable, nunca podrás decir con el Apóstol: «Non enim erubescio Evangelium.» «No me avergüenzo de predicar el Evangelio(1).»

(1) A los Romanos, cap. I, 16.

LECCION XIII.

De la preparacion próxima para predicar.

Los pensamientos son el alma y nervio de la elocuencia. El Crisóstomo compara la buena elocucion que no está nutrida con sólidos pensamientos, á una espada cuya empuñadura fuese de plata, y la hoja de plomo. Cuando el orador, pues, ha elegido la materia sobre que se propone predicar, su primera diligencia ha de ser estudiarla y meditarla con detencion.

En ese estudio deben evitarse dos extremos: uno el empeño del orador en leer cuanto pueda haber á las manos sobre la materia, porque se compromete en un trabajo árduo y pesado, y á la vez inútil en gran parte, puesto que leerá repetidas veces unas mismas cosas: en el extremo contrario dará si se concreta á estudiar la materia en un solo autor, porque es muy posible que, sin advertirlo, se amolde á las ideas y modo de ver, y hasta las formas del escritor á cuya lectura se entrega exclusivamente. Atendida la variedad de los casos, caractéres y circunstancias personales de los oradores no es posible, y aunque lo fuera no sería conveniente, dictar á los jóvenes un método exclusivo para sus estudios de preparacion; el genio y el talento no sufren ligaduras; necesitan, sí, direccion acertada, y en este concepto indicamos como una regla de prudencia, que será modificada por circunstancias personales y del momento, un procedimiento que nos parece fundado en razon, y cuya grande utilidad conocemos por propia experiencia. Consiste en que el jóven recuerde la doctrina relativa al punto de que se propone predicar, estudiándola de nuevo en el autor que le sirvió de texto en el aula, ó en cualquiera otro escritor elemental, con lo que fijará exactamente sus ideas y asegurará su rumbo; condiciones de acierto tanto más necesarias al orador, cuanto que si el estilo oratorio requiere una marcha libre, el ministerio exige evitar á toda costa, segun San Gregorio, no sólo el error, sino hasta la más pequeña inexactitud en la doctrina. Las obras de Santo Tomás son para el predicador una mina riquísima é inagotable; estaria por de más hacer aquí el elogio de ese eminente genio, á quien, como dice el P. Ráulica, se en-